

LA FALANGE DESPUES DE FRANCO

CON el decreto de Unificación de 1.937 desaparecía, de hecho, Falange Española de las JONS como movimiento político independiente provisto de mandos e ideología propia. La subsistencia, a partir de entonces, de símbolos, postulados y algunos elementos falangistas en el nuevo Partido Único es historia próxima que en modo alguno puede dissociarse de la trayectoria de la Falange, pero que tampoco puede concebirse como condicionante que delimita el campo de acción de la Falange en un Régimen determinado. Nadie puede afirmar con objetividad que el periplo vital de la Falange concluye con su participación activa durante los últimos 40 años bajo el mandato del Generalísimo Franco, y nadie podrá señalar con un mínimo de previsión y sentido de la realidad que el pensamiento falangista resulta inoperante a la altura de nuestro tiempo.

Todos los biógrafos e historiadores —desde diversos ángulos— de la Guerra de Liberación y del Estado del 18 de Julio (Ricardo de la Cierva, Tuñón de Lara, Hugh Thomas, Frago del Toro o Dionisio Ridruejo, por citar algunos) coinciden en afirmar de manera tajante la progresiva transformación operada en las filas de la Falange según avanzaba la contienda por la incorporación masiva de elementos procedentes de la derecha (JAP, CEDA, etc) que engrosaban sus filas y hacían alarde de militancia sin asumir fundamentalmente el compromiso revolucionario de José Antonio ni su exigencia de transformación profunda y radical para España. Los mismos observadores ponen de relieve, con diferentes matizaciones, la paulatina impregnación fascista que ello trajo consigo, lo que se puso en evidencia tanto en la forma (la camisa azul quedó convertida en prenda interior por el añadido de correajes, uniformes, gorras y emblemas hasta entonces desconocidos) como en el fondo (extrapolación de afirmaciones patrióticas, mitificación exaltada de los Fundadores, empleo de frases apócrifas).

Como consecuencia de todo esto, la Falange de la Victoria muy poco tenía que ver con aquella Falange juvenil, desenfadada, vanguardista y combativa de la Comedia, del Teatro Calderón o del cine Madrid. No voy a enjuiciar ahora la presencia falangista a lo largo de los últimos lustros. Tan solo quiero ratificar el veredicto de muchos falangistas ilusionados que se sumaron a la reconstrucción de un Estado pensando que de esta forma hacían la revolución nacional sindicalista. Sin embargo, aquellos no sólo no hicieron la revolución, sino que emplearon las banderas, los emblemas e incluso los propios textos de la Falange para hacer todo lo contrario. La Falange fue utilizada como etiqueta externa por la reacción para encubrir todos los errores reales o imaginarios, disponiendo en la práctica de menos resortes efectivos que nadie. Este papel sacrificial, esta función germinal y este inmenso holocausto de la Falange ha sido pagado, en el transcurso del tiempo, con el reproche, el desprecio y la ingratitude, aún cuando la actuación de los falangistas proporcionara un auténtico sentido social al Régimen. (La Seguridad Social, las Mutualidades Laborales, los Institutos Nacionales de Industria y de Colonización son prueba de ello).

Todos los que pensamos y sentimos como falangistas (por identificación con el pensamiento de José Antonio) a la altura del momento presente, nos encontramos con que nuestros postulados y nuestros símbolos han sufrido el desgaste de una presencia aparente prolongada en el poder y de que algunas de nuestras más logradas afirmaciones y propósitos han sido anulados por una reiteración casi escolar, pero vacía de contenido (por ejemplo, con la frase "España es una unidad de destino en lo universal"). Pero, a pesar de todo continuamos teniendo conciencia de la fertilidad del pensamiento joseantoniano, que se comprueba simplemente además de por lo conseguido, pese a las maniobras de la derecha, por el volumen de principios inéditos que jamás fueron puestos en práctica (como el sindicato de empresa) y por su adecuación como respuesta válida a las demandas de la España de 1.977.

No hay que sustentar hoy ninguna clase de nostalgia para reivindicar la vigencia de las formulaciones falangistas. Basta albergar un firme sentimiento humanista, una profunda vocación social y un decidido entendimiento nacional (sin patrioterías de ningún género) para llegar, por vía de síntesis, a los principios de la Falange. Mientras no se pongan a prueba las posibilidades de este programa, sobran por malintencionadas o cuando menos, apresuradas, las descalificaciones. Y, desde luego, pecan, por farisáticas, las imputaciones de responsabilidades a la Falange por un ejercicio de poder que jamás ha desempeñado, o los olvidos del cambio de piel que sus logros han supuesto.

Es preciso denunciar hoy, sin embargo, que el secuestro de la Falange realizado por la reacción, el capitalismo y las fuerzas conservadoras al término de la Guerra de Liberación pretende repetirse hoy de nuevo desde la extrema derecha, asumiendo símbolos y principios que no son congruentes con una conducta insolidaria y egoísta en defensa de sus intereses. Olvidan estos usurpadores de la Falange la crítica acerva de José Antonio hacia el abandono del campo y sus hombres; hacia el burgués que revienta de nacionalismo y olvida los desequilibrios económicos entre unos españoles y otros; hacia el capitalismo multinacional que explota al obrero como un engranaje más de la producción, al que descarta de toda participación en los beneficios y en la gestión de la empresa. La nueva Falange del tiempo de la Monarquía debe afianzar todos estos pronunciamientos sociales (reforma agraria, nacionalización del crédito, reforma de la empresa) no como una utopía, sino como un objetivo final. Muy pocos partidos de cuantos comparecen en la actualidad pueden presentar una hoja de servicios a la nación tan dilatada y diáfana como la Falange. Y ninguno de ellos podrá exhibir el testimonio de sangre de sus fundadores, barridos por la incompreensión, el odio y el enfrentamiento de las dos Españas.